

Contemporánea

GABRIEL ZAID

Reloj de sol

DEBOLSILLO

Fábula

PECERA CON LECHUGA

Verde olvido en declive
que a las raíces baja en marcha inversa
por una piel más tersa
que infancias circunscribe
hasta el estanque íntimo en que vive.

Pez que no se violenta
nadando circunloquios sucesivos
que entrelazan cautivos
su curvatura lenta
hasta que el agua, muda, queda atenta.

¡Oh pez, que a sí se debe,
y en las redes de sí queda enredado!
El ojo dilatado
a nada más se atreve
que a esperar en desvelo el golpe aleve.

FÁBULA DE NARCISO Y ARIADNA

Al Pequeño Larousse Ilustrado

A ti, pequeño entre las ironías
que escolares festejan y acarrean.
A ti, velero de lejanos días
por islas de papel que se voltean.
A tu felicidad de mar abierto
que, navegando, se olvidó del puerto.

1. LABERINTO DE ESPEJOS

Eran ya de la fiebre las finales
páginas que presienten su derrota,
cuando da el diccionario horizontales
decepciones filosas y alborota
una impaciencia comunicativa
de kilogramo en peso de misiva.

Por la izquierda y en venas puntiagudas
diminutas estrellas transitaban
despiertas por aquello de las dudas
aunque de puro sueño parpadeaban
hasta punzar las yemas si en bostezo

graves caían por su propio peso.

Paralelas subían a las sienas
breves iras en láminas delgadas,
desbordamiento amargo de dos trenes
que cuesta arriba trepan las quijadas
si en el venero doble del que nacen
presión en fila los convoyes hacen.

¡Qué sabio en espirales es el gato
buscando el lado del ratón ya muerto!
¡Qué argucia rebanar el pan y el dato!
¡Qué verdad amistosa para el tuerto!
Adámica malicia, lateral
tentación de diluvio universal.

El escolar amante no comprende
la verdad de perfil tan manifiesta.
Pide razones de la voz que atiende,
encarcelando el corazón en fiesta.
Flores de ves, sus manos, se acongoja
buscando en ves que tienen vuelta de hoja.

Aparece una pista, sin embargo.
Un presagio de nube que desliza
índice y medio, esquís, aunque a lo largo
el despegue impotente se eterniza
y fracasa en el vuelo que quisiera,
alternamente, sobre su ladera.

Alterna duda, pertinacia alterna
que en un tacto nostálgico persiste;
cuestionario redondo, flor eterna,
presagio que en los dedos entendiste,
arrancando, sí, no, dudas cuadradas

en sucesión al viento abandonadas...

Pero de pronto el rostro se ilumina
descargando el presagio por un trueno
y a recoger las hojas se encamina
dáctil urgencia de febril tungsteno
mientras palpitan aves en sus manos,
en pliegues de papel, en aeroplanos.

Ya rápidos arranques, vuelos lacios,
espirales crecientes inauguran
rutas abriendo y enredando espacios
pero sus ves fugaces no perduran;
huidizos prefacios del instante
que se va de los dedos del amante.

Vedlo ahora de codos y de bruces
en el césped, mirada cejjijunta,
indagar indiscreto a todas luces,
sosteniendo en las palmas su pregunta
por el contorno de la nube sola
que de verse mirada se arrebola.

Vedla pasar, doncella ensimismada,
mientras él desespera de su encuesta;
ved cómo va nublando su mirada
la sombra de esta virgen sin respuesta.
Mas dejemos en esto a nuestro amigo
para que llegue el llanto sin testigo.

2. REVELACIÓN

Iba una vez el alba alborozada

por los festejos y hasta por las riñas
de lilas y violetas, disputada
en un balón minúsculo —de niñas—
cuyo estreno melódico era senda
de no caer jamás, por no dar prenda.

Retozaban los hilos del estreno,
destellos en jauría suscitando,
encabalgados, sí, mas con el freno
suelto al doblar sorpresas, y, doblando,
si décimas cerrando abriendo flores
vírgenes entre espinos ladradores.

Noches en pie rodaban submarinas
y a ras del suelo —vértigo sin viaje—,
hipócritas en fila o peregrinas
damas de medio luto en el paisaje,
dominós erizados que los gallos
desterraban picados de desmayos.

“Sigilo tras el árbol cada aurora,
que donaires tan tímidos postulas
porque temas a diario la invasora
sorpresa vegetal y capitulas,
niego de ti la luz de esta puntera
que equivoca la paz de tu bandera.”

“Si bote del balón que de improviso
hilvana en punto el hilo que amanece,
es tu viático diario y tu bautizo;
pero si firme pie, como parece,
es un acecho oculto de charol
que pisa descuidadamente el sol.”

Al pisotón levísimo, en efecto,

la emoción del incógnito en impacto
atropella su pulso más correcto
—él, que sabía teclear al tacto—
y ha enseñado la oreja con que escribe
su confesión de galgo detective.

Pero no es un sabueso, ya se mira,
quien zurdamente aleja y pulsa diestro
los musicales árboles en lira;
es el amante aquel, amigo nuestro,
fiel a su vocación de enamorado
que ha seguido de simple aficionado.

Es el amante aquel que nunca quiso
abrir la sucursal de su sollozo,
siempre buscando el tono más preciso,
piedra tras piedra interrogando al pozo,
que mientras da su nota dilatoria
la misma letra escribe de memoria.

Es el amante al alba y en acecho,
y esta súbita luz por toda pista
donde despega el sueño sin derecho
de luz en luz, perdiéndose de vista
hasta el hallazgo vivo donde mora
la virgen que al pasar abre la aurora.

Difícil de tan leve paso fuera
que su desliz suavísimo en pendiente
la levedad del aire conmoviera.
Pero estaba ese ramo que, tangente,
en ebriedad de giro, desplegaba
el aire que, de verla, se alilaba.

Pares de flores pone a su cabeza,

con intentos de peines en fracaso;
música en el oído cuando cesa
del huracán el ruido y hay un vaso
de aguas tranquilas y sonidos suaves
de tenues remolinos, notas graves.

Tan ceñido jardín la delimita
que vuelan de sus lilas mariposas
y ojeras del amor que la visita
en pestañas de asombro y en premiosas
idas y vueltas de descubrimiento
a donde toda flor tiene su asiento.

Es él, que, en ejes perpendiculares,
flores del viento tuvo semejantes,
mientras iba ovillando sus pesares,
si en azules castillos, como antes,
ya, madeja eficaz del laberinto,
suspirando trasciende su recinto.

Flor de la pena a la mitad del pecho,
cayado en espirales de la espuma,
donde apoya su voz de trecho en trecho
mientras que al grito la visión se esfuma
porque es gala de perlas y doncellas
cambiar de oriente cuando quieren ellas.

3. ENVÍO

Acuden a tus ojos porque acudes,
los ojos de las noches estrelladas.
Y su luz no es tu eco, no lo dudes,
es otra luz que mueve tus miradas;

desde la luna, arcón de los rosarios,
hasta la luna, sin itinerarios.

Luz del amor que llama a los amores
por encima del hombro para el viaje,
y en el espejo muestra sus pudores
de estrella antigua que abandona el traje,
mariposa, cristal, serpiente o perla
cuando se empaña nada más de verla.

PISCINA

Vengo al aire, del agua, más ligera,
a reanudar lo que se rememora.
Saco el pecho en el tiempo. ¿Ves ahora
los cuerpos de esta falsa primavera?

¡Qué pretensión de paraíso fuera
equilibrar el aire de la aurora!
Yo me vuelvo a los vientres de la hora
a clavar mis silencios en la espera.

No me des a la luz, madre, te pido,
que aquí ni prisa ni temor me asalta
y oigo el tiempo flotante y suspendido.

Quiero la libertad, y la más alta
libertad del silencio en el olvido
¡y es el aire del mundo que me falta!

UNA PALOMA AL VOLAR

*Una paloma al volar
su dorado pico abría;
todos dicen que me hablaba,
pero yo no le entendía.*

1

Dame las alas, paloma,
para volar a tus vuelos,
para subir a los cielos
de otro cielo que no asoma.
Este cielo que me toma,
nieve y silencio temía;
y ha de caer todavía
mientras tu voz se sustraiga.
*—Si está cayendo, que caiga;
no ha de durar más de un día.*

2

¿Por qué ya no puedo amarte
—ay Amor— sin conocerte,

si en buscarte está la muerte
de saberte y no encontrarte?
¿Por qué de un tiempo a esta parte
en tu nombre está mi suerte?
¿Por qué, si digo no verte,
te pido que si me amas
me digas cómo te llamas
—ay Amor— *para quererte?*

3

Esta noche callaría,
aunque viniese la muerte.
¿Y el silencio de perderte
con qué voz te cantarías?
Naranja dulce del día,
nocturno limón celeste,
te pido un favor y es éste:
(el que la canción pedía)
que le digas a María
que esta noche no se acueste.

SERENATA HUASTECA

1

Si paso por arco y arco
cuando mirándote estoy,
en este barco me embarco
porque de este barco soy,
en este barco me voy,
porque este barco es mi barco.

2

Paloma, la que volando,
volando, me enamoró,
y yo me volé cantando,
y tú dijiste que no,
que te siguiera cantando,
pero que volando no...

3

Duérmete, arpa de mi amor,

ya no vuelvo a molestarte.
Y ni pienses que me muera
porque no pude tocarte,
que me voy por una güera
con la música a otra parte.

4

¡Qué duro, silbando, el tren!
¡Ay, qué duro el tren silbando!
Y el adiós en el andén.
Pero tu pañuelo blando.
Cuando en tus ojos, mi bien,
me estabas amortajando.